



En estos cuentos los animales, las flores y los humanos
tienen un lugar en el mundo y quienes los acogen
de manera natural y amorosa son los niños.
Los lectores encontrarán el campo y la naturaleza
expresados en su mejor expresión.

Serie Leer es mi cuento

Cuentos de animales, alas y flores



Cuentos colombianos para niñas y niños

- © Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes de Colombia.
- © Rafael Darío Jiménez, Jairo Buitrago, María Eastman, Euclides Jaramillo, Gonzalo Canal Ramírez, Joaquín Piñeros Corpas, por los textos.
- © Mónica Peña Herrera, por las ilustraciones.
- © 2007, Cataplum Libros.

MINISTERIO DE LAS CULTURAS,
LAS ARTES Y LOS SABERES DE
COLOMBIA

Juan David Correa Ulloa
Ministro

Ángela Marcela Beltrán Pinzón
Directora de Artes

Adriana Martínez Villalba
Directora
Biblioteca Nacional de Colombia

María Orlanda Aristizábal B.
Coordinadora del
Grupo de Literatura

Felipe Martínez Cuéllar
Asesor del Grupo de Literatura

Diego Pérez Medina
Líder de Proyectos Editoriales
Biblioteca Nacional de Colombia

EQUIPO EDITORIAL

Beatriz Helena Robledo
Selección y asesoría editorial

Mónica Peña Herrera
Ilustradora

Javier R. Mahecha López
Editor

Camila Cardeñosa Echeverri
Diseño de colección

Paula Andrea Gutiérrez Roldán
Camila Cardeñosa Echeverri
Diseño y dirección de arte

Impreso en Colombia
Enero 2024, Imprenta
Nacional de Colombia

ISBN (Impreso):
978-958-753-586-0
ISBN (Digital):
978-958-

Material de distribución gratuita.
Los derechos de esta edición,
incluyendo las ilustraciones,
corresponden al Ministerio de las
Culturas, las Artes y los Saberes
de Colombia; el permiso para su
reproducción física o digital se
otorgará únicamente en los casos
en que no haya ánimo de lucro.
Agradecemos solicitar el permiso a:
literatura@mincultura.gov.co

**

El cuento “Siete cuervos” es tomado
de: *Siete cuervos y ocho cuentos*.
Cataplum, 2007.

El cuento “La oveja negra” fue
cedido del archivo del Patronato
Colombiano de Artes y Ciencias.

Primera edición, Bogotá, noviembre de 2023

© 2024, Ministerio de las Culturas, las Artes y los Deportes

© 2023 Beatriz Helena Robledo, por la selección de textos

© 2023 Mónica Peña Herrera, por las ilustraciones

ISBN (Impreso): 978-958-753-586-0

ISBN (Digital): 978-958-





Cuentos de animales, alas y flores

**Cuentos colombianos
para niñas y niños**

Selección

BEATRIZ HELENA ROBLEDO

Ilustraciones

MÓNICA PEÑA HERRERA



En el jardín de mamá

Rafael Darío Jiménez



9

Siete cuervos

Jairo Buitrago



13

La Comadreja y la familia Armadillo

María Eatsman

19





Tío Conejo bebe miel y come queso

Euclides Jaramillo

25

Con una rana en el bolsillo

Gonzalo Canal Ramírez

33

La oveja negra

Joaquín Piñeros Corpas

39









En el jardín de mamá

Rafael Darío Jiménez



En mi pueblo se respira el ambiente más primaveral de la tierra. Allí, se consiguen las flores más hermosas y existen tantas que todas las mañanas debo preparar una larga lista de nombres para las nuevas que acaban de nacer.

Florece nardos, alhelíes, cayenas, orquídeas, violetas, dalias, malvas; como si toda la naturaleza estuviera concentrada allí.

Una tarde, mi hermano Claudio se puso a contar todas las que había en el jardín de mamá. Contaba, contaba y contaba rápidamente: una, dos, tres, seis, diez mil; sin advertir la presencia de los oscuros mantos de la noche.

Entonces le pregunté:

—Hermanito... ¿Cuándo vas a terminar?

—Si me obstino en continuar, creo que nunca —contestó.

—Y hasta el momento, en esas horas que llevas contemplando el jardín, ¿cuántas flores has contado? —le volví a preguntar.



—¿Sabes sumar? —me respondió.

—¡Sí! —le contesté.

—¿Y multiplicar?

—¡También! —le volví a contestar.

—¿Y restar?

—Mucho más.

—¿Y dividir?

—Aún más.

—Entonces —me dijo impresionado—, si sabes realizar todas esas operaciones, no te será difícil saber cuántas flores he contado en el jardín de mamá.

—¡No te entiendo! —exclamé desconcertado.





—¡Mira! —agregó—. Si quieres saber cuántas flores he contado en el jardín de mamá, simplemente súmame al número de niños que hay en el mundo, la cantidad de estrellas que hay en el cielo y multiplícale el resultado por los miles de perlas y peces que se encuentran en el fondo del mar; después, al producto le restas las siete notas musicales, tus cinco sentidos, tus veinte dedos, el corazón de mamá, el alma de papá, los labios de quien te habla, la paz del mundo y, por último, el resultado lo divides entre tu edad.

Solo así podrás saber el número de flores que he contado en el jardín de mamá.





Siete cuervos

Jairo Buitrago



Siete cuervos llegaron a la casa de una pareja de granjeros. Les dijeron que eran siete príncipes encantados víctimas de una maldición y que estaban cansados de viajar.

Y los granjeros, que eran muy buenos y muy crédulos, les dieron de cenar y los acomodaron en una cama tibia y cómoda en el desván de su casa.

Al otro día los cuervos despertaron muy tarde y empezaron a exigir su desayuno. La esposa del granjero corría de aquí para allá con pan y mantequilla, y con mazorcas de maíz y con queso y tocino.

El granjero, que estaba despierto desde la madrugada, miraba todo con la boca abierta. Nunca había visto animales que comieran tanto.

—Son unos príncipes —le dijo su esposa con los cachetes colorados de ir y venir de la cocina a la mesa—, tenemos que atenderlos bien.

El granjero se encogía de hombros. Como no había conocido a ningún príncipe no sabía cómo debían ser tratados.





Y así pasó una semana.

Los cuervos comían y bebían, bailaban y se reían todo el día.

—¿Acaso los príncipes no trabajan? —preguntaba en voz baja el granjero a su esposa.

—Claro que no —respondía ella.

—Y el pobre granjero ya no los soportaba, su perro les ladraba todo el tiempo y el gato estaba escondido en un cajón desde hacía varios días.

El granjero se fue a caminar por ahí, donde no estuvieran los príncipes transformados en cuervos, y se encontró a su vecina, una niña que se llamaba María Josefa.

Se sentaron en un tronco viejo al lado del camino y el granjero le contó la historia de los siete cuervos. María Josefa se rascaba la cabeza, ella nunca había visto príncipes de verdad y, mucho menos, a unos convertidos en pájaros por culpa de una maldición.

Decidió acompañar a su vecino y verlo con sus propios ojos.

Cuando llegaron, los cuervos estaban tomando un baño de agua caliente.

—¿Agua caliente? —le dijo enojado el granjero a su esposa—, a mí nunca me toca agua caliente para bañarme.

—Ellos son príncipes y además a ti no te importa, tú te bañas una vez al mes —respondió ella.

A María Josefa todo le parecía divertido.



Se acercó a la bañera a ver a los cuervos de cerca y los encontró muy normales. Eran unos cuervos comunes y corrientes: inteligentes, limpios, charlatanes y simpáticos. Pero no había duda, no eran ningunos príncipes.

—Sus majestades —les dijo la niña a los cuervos—, mis vecinos me han encargado de cuidarlos y entrenarlos en la vida del campo para que no se aburran, así que vendré por ustedes mañana temprano.

Los cuervos se miraron unos a otros sin saber qué hacer. Luego de cuchichear entre ellos un rato, decidieron decirle que sí.

María Josefa era una niña que no iba a aceptar otro tipo de respuesta.

A las cinco de la mañana, María Josefa entró al desván donde dormían los cuervos tocando una campana y gritando.

En menos de diez segundos los cuervos estaban de pie sobre la cama y todos tenían sus plumas erizadas. Bajaron la escalera marchando en fila mientras María Josefa gritaba:

—¡Un, dos, un, dos!

El granjero los esperaba en la puerta y a cada uno le dio una galleta salada.

—¡Afuera! —les gritó María Josefa—. ¡Trabajaremos en el maizal todo el día!

Y eso fue lo que hicieron.







Desde la madrugada hasta la tarde, los siete cuervos recogieron las mazorcas, las llevaron al silo en carretillas, limpiaron el campo de hierbas malas, desgranaron, molieron, regaron con una manguera los sembrados.

A la tarde regresaron a la casa y comieron sopa de avena, pero algunos se quedaron dormidos sobre la mesa.

—¡A dormir! —les dijo María Josefa—. Mañana tenemos que madrugar para ordenar las vacas y limpiar el chiquero.

Los cuervos, arrastrando los pies, cabizbajos, subieron la escalera marchando en fila.

Al día siguiente, en la madrugada, María Josefa subió al desván tocando la campana y una cornetita. Pero cuando entró la ventana estaba abierta y la cama vacía.

Los cuervos volaban en el horizonte de frente al sol que apenas nacía.

—¿Volverán los príncipes? —le preguntó el granjero desde afuera cuando ella se asomó por la ventana del desván.

—Tal vez, pero usted y yo vamos a poner hoy dos lindos espantapájaros en medio del maizal.

El granjero sonrió. Le gustaba mucho tener de vecina a una niña como María Josefa.







La Comadreja y la familia Armadillo

María Eastman

El papá Armadillo era campesino y muy tímido; jamás había bajado al pueblo; pero ¿para qué quería él recorrer mundo cuando tenía una cueva tan bonita debajo de las raíces de una ceiba, tapizada con musgo y tan espaciosa que, a no ser por la falta de luz, se hubiera creído un palacio? La familia vivía holgada y doña Armadilla, en compañía de sus hijas Armadilla-Melada y Armadillita-Gris, había hermoseado la cueva con flores, festones y plumas recogidos en el monte. Todo era paz en aquella casita hasta el día en que al otro lado del árbol vino a vivir la Comadreja.

A poco llegó de visita a casa de la familia y con muchas zalemas empezó a alabar el orden, el aseo y el buen gusto de la señora; a los armadillitos les dijo que eran primorosos, que la concha que tenían en el lomo debía ser de carey cuando menos, según era de fina, que eran, además, los niños más bien educados que ella conocía. La mamá halagada la invitó a almorzar y, por la tarde, a dar un paseo. Desde entonces, la entremetida Comadreja no dejó a la familia ni a sol ni a sombra.





—Que haga el favor de prestarme un poco de sal; que su cedazo para cernir la guayaba; que un asiento para una visita que me llega; que Armadillita-Gris para que me traiga un poco de agua. A estas molestias continuas se agregaron los chismes.

—Estoy furiosa —decía la hipócrita— porque la Coneja dijo que ustedes son unos orgullosos. La Zorra dice que le dijeron que don Armadillo es un vago —y así, todos los días.

La casa se volvió un infierno y ya el papá no iba sino a horas de comida; los niños se salían a corretear mientras mamá recibía la visita de la vecina y Armadilla-Melada aprovechaba para ir a la huerta a conversar con Armadillo-Negro, su novio. La señora Armadilla estaba desesperada y no encontraba medio de salir de su importuna amiga.

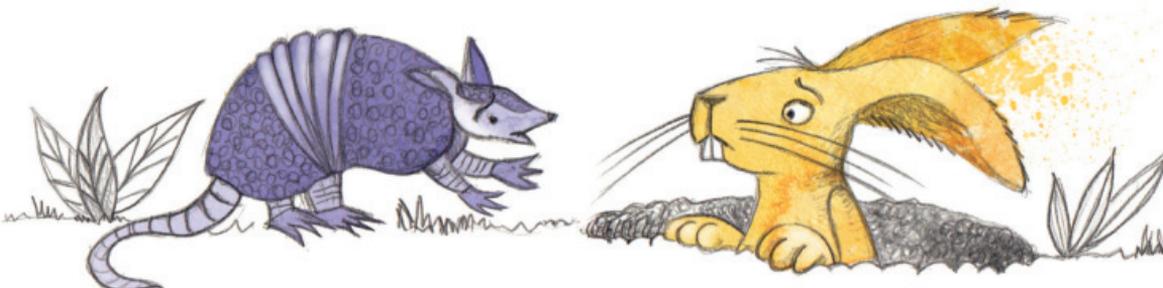
La familia tuvo una junta para idear el medio de salir de la chismosa. Después de muchas cavilaciones, el Armadillo más pequeño, como quien dice el nene de la casa, y a quien la Comadreja molestaba más con sus recados, dijo:

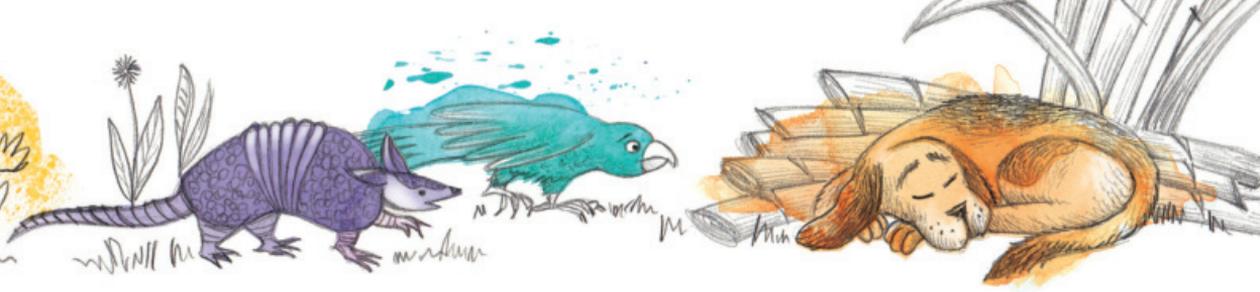
—Como al único animal que teme la Comadreja es al perro cazador, propongo que consigamos alguno que venga a vivir unos días con nosotros.

—¡Magnífica idea! —repuso papá—; pero ¿dónde conseguirlo?

—Eso es cosa mía —contestó el avisado Armadillito y salió corriendo hasta la cueva de un conejo amigo y le dijo:

—Necesito que me pongas en relaciones con un perro cazador.





—Tú sabes —replicó el otro— que no cultivo relaciones con gentes de esa clase. Desde hace muchos siglos la familia de los conejos y la de los perros son enemigas; pero como quiero prestarte ayuda, le hablaré a una lora amiga para que ella te consiga lo que desees.

La Lora y Armadillito se dirigieron a una hacienda de caña; cerca al trapiche estaba echada una perra amarilla; la Lora trepó a un árbol y empezó a decir:

—Amita doña Perra: si usted fuera tan amable y se acercara un momento, pues tengo grandes deseos de saludarla y de paso tratarle un negocio.

La Lora era muy fina para hablar porque era sabia y vieja. La Perra dio un salto y Armadillito, que no las tenía todas consigo, se escondió entre su concha; la Perra se acercó ladrando:

—¡Hola! Amiga Lorita; ¿cómo estás? ¿En qué puedo servirte?

Esta, como buena charlatana que era, le echó de una vez todo el cuento de la Comadreja y el favor que le pedían los Armadillos. La Perra pidió tiempo para reflexionar y a fin de estar más cómoda se sentó en un banquito que halló cerca y que no era otra cosa que la concha del Armadillito; este, más muerto que vivo, no se atrevió a hacer ni un movimiento. Después de breves instantes la Perra expuso las condiciones en que aceptaba la propuesta:

—Yo voy a la casa de la familia Armadillo durante ocho días y me comprometo a sacar de en medio a la Comadreja, pero que papá Armadillo me garantice un hueso al día y buena cama.





La Lora empezó a llamar a voces al Armadillito, pero este no podía contestar porque la Perra estaba sentada encima de él y se moría de miedo. Al fin se atrevió y desde el fondo de su concha gritó: “Acepto”. La Perra dio un brinco tremendo cuando oyó que su asiento hablaba. Rio la Lora sin parar y explicó lo que pasaba; salió el Armadillito y convinieron el trato. Volvió entonces a la casa y anunció para el día siguiente la llegada de la huésped. Papá salió temprano y volvió con un apetitoso hueso; al pasar por la ventana de doña Comadreja, esta lo atajó diciéndole:

—¡Ay!, don Armadillo; qué hueso más delicioso, hoy como que hay banquete en su casa, ¿no convida?

—Por supuesto, señorita —contestó el malicioso viejo, queda invitada.

—Muchas gracias. No faltaré.

Llegó muy peripuesta con cinta en la cabeza y gafas de oro. Estaban tomando la sopa cuando golpearon a la puerta. Armadillito fue presuroso a abrir y abrazando a la Perra que llegaba, exclamó:

—¡Mi querida maestra! Cuánto tiempo sin verla; qué gusto nos da viniendo a casa; ¿se quedará algunos días con nosotros, ¿verdad?



—Ya lo creo, queridito, estuve mala y el médico me aconsejó los aires de la montaña y pensé que con nadie mejor que con ustedes podría estar, y aquí me tienen.

La Comadreja paraba las orejas para no perder palabra del diálogo; cuando apareció la Perra, por poco se desmaya: se le cayeron las gafas y le temblaba el lazo de cinta.

La Perra fue acogida con grandes muestras de afecto e invitada a almorzar. Ella que se sienta y la Comadreja que se levanta.

—Ustedes van a perdonar que me retire, pero recuerdo en este momento que me llega un pariente. Pero sigan, tengan la bondad. Nadie se levante, no faltaba más, que pasen feliz día —y salió disparada.

Después de almorzar fueron todos a dar un paseo menos mamá que tenía que lavar la vajilla. Vino entonces la Comadreja llorando a lágrima viva y manifestó que tenía que irse al pueblo vecino porque había recibido noticia de que su abuela estaba gravemente enferma, y se marchó corriendo.



Tío conejo bebe miel y come queso

Euclides Jaramillo

Así empezaba siempre a narrar Rigoberto:

Esto eran Tío Tigre, Tío León, Corroncholión y el Sapo que bailaban el bambuco todos cuatro.

Y luego, tras de darle una intensa chupada a su cosechero hundiendo las mejillas casi hasta juntarlas dentro de la boca y ablandar muy bien con los dedos la punta del tabaco para que diera más humo continuaba:

Bueno, muchachitos. Una vez... iba Tío Conejo rastrojiando por un cañero a la orilla de un camino y buscando algo que comer, aunque fueran raicecitas de murrapa. Se conformaba con tan poca cosa porque sabía que no podía ir al platanal de Tío Hombre, ya que por esos lados lo estaban atisbando desde un andamio para matarlo con una escopeta de fisto, y a él lo horrorizaba el pensarse convertido en chuleta de guatín. Así que, sin comer platanitos ni arracachas desde hacía muchos días, iba tan pasado que la barriguita casi se le pegaba al espinazo. Estaba más delgadito que silbido de culebra y en comparación con él tenía más carne una guasca de amarrar quesitos.





De pronto, por entre unas pencas de platanilla Tío Conejo vio a un montañero quiba pal pueblo llevando una jíquera con masitas y un tarro de miel, y el patecera, babiándose y relamiéndose solo de pensar en lo que llevaba el ñuco, se dijo:

—¡Ah bueno y lo que lleva pa la Nochebuena de su casa ese monta! ¡Lo ques a Tío Hombre le robo yo esas cosas tan sabrosas o no me llamo Tío Conejo!

Entonces se puso a pensar cómo haría para cumplir su palabra y echarle a su estómago manjares tan exquisitos, y se le ocurrió lo más peligroso del mundo, lo más arriesgado de la pelota. Claro, con tanta gurbia como la que tenía el pobre, se veía obligado a hacer cualquier cosa.

Sin que se diera cuenta Tío Hombre, el patecera se entró un poquito más pal monte y se las encumbró siguiendo la dirección que llevaba el montañero. Más adelantico dejó el rastrojo, salió al camino y, en medio de este, se patasarribió haciéndose el muerto.

Cuando el montañero llegó a donde estaba Tío Conejo, apenas lo vio se detuvo a curiosarlo y entonces dijo como si le estuviera hablando a otro hombre:



—¡Vee un conejito muerto! ¡Qué pesar! ¿Quién lo mataría? ¿O sería que se murió de peste? Hijue el bueno pa unos zamarros. Pero ¿yo qué saco con un solo cuerito? No me alcanza. Porque pa comer no sirve este guatincito, pues pudo ser apestado que se murió. Por cierto que está hasta muy flaquito. Se le pueden contar todas las costillitas.

Tío Hombre hizo a un lado con un caragualo que llevaba a Tío Conejo y siguió su camino. Cuando iba más adelantico y así que ya no podía verlo, Tío Conejo se levantó con mañita, volvió a meterse entre el cañero, se las emplumó a todas las que tenía para salirle adelante al nuco, y otra vez salió al camino haciéndose el muerto.

Cuando Tío Hombre llegó a donde él estaba y lo encontró, se detuvo observándolo y dijo:

—¡Vee otro guatincito muerto! ¡Qué cosa tan rara! Y ya van dos que me he topado. Los precisos para unos zamarros macuencos. Pero no los cojo. Seguramente por aquí anda una peste espantosa y lo fijo es que la llevo a la casa pa que se me infesten todos los animales.



Haciéndole el asco lo apartó para un lado con el caragualo y siguió su camino dejando otra vez metido a Tío Conejo. Pero este no era de los que se daban por vencidos, así como así, y mucho menos ahora que había güelido de cerca los quesitos y la miel y que con mayor razón se babiaba por esos manjares tan sabrosos.

Así que otra vez y apenas iba Tío Hombre medio lejitos y no lo podía ver, cogió el monte lo mismo que lo había hecho antes echándole travesía al montañero para salirle adelante y se le volvió a aparecer patasarribiado en medio camino como si estuviera muerto. Pero como había oído lo que dijera Tío Hombre de la peste, antes de salir del rastrojo se refregó unas moras maduras en toda la barriga para hacerle creer que eso era sangre y que se había muerto más bien matado que de pura enfermedad.

Cuando el montañero llegó a donde estaba Tío Conejo y lo vio, abrió tamaños ojos y muy sorprendido, como asustado o arisco de encontrar tanto guatín muerto, se le acercó de medio lado diciendo:

—¡Veee otro conejito muerto! Y ya van tres que me he topado. ¡Qué cosa más particular, hombre! Y no hay tal peste, sino que han sido matados por algún chandoso que anda por ahí haciendo ochas. Seguro que no reparé bien en los otros, porque a este se le ve patente la sangrecita de los mordiscos. Yo siempre es que me vuelvo por los que dejé atrás. Voy a echarlo en la jíquera antes de que pase otro cristiano menos sorombático que yo y se lo lleve. Y para no cargar de vuelta con tanto joto, voy a esconder todo esto mientras vuelvo. Pueda ser que no se los haya llevado nadie. Qué bobada la mía no haberlos cogidos todos.

Y dicho y hecho: recogió el montañero a Tío Conejo, que casi no respiraba, lo metió entre la jíquera en la que llevaba los quesos





y el tarro de miel, y fue a esconder esta debajo de un montón de chilcos que había en una chamba. Entonces el muy zopenco dejó allí todo y se volvió dizque a traerse los otros guatines.

Cuando Tío Hombre desapareció en una vuelta del camino, Tío Conejo, que lo estaba viendo por entre las cabuyas de la jíquera, se levantó a toda carrera, se salió como pudo de donde lo habían metido, se echó al hombro las cosas del montañero, y se abrió a todas las que tenía por un rastrojo abajo. Por allá muy lejos, al pie de un nacedero, se detuvo y sentándose muy contento sobre una raíz del árbol, comió quesito y bebió miel hasta que casi se revienta. Cuando estuvo que ya casi se lo tocaba todo con el dedo de puro lleno, vio que le sobraba mucha miel y entonces, pensando en meterles un buen susto a todos los demás animales del monte, se la echó encima y se puso a revolcarse en el hojarasquero que había debajo de los árboles. Todas las hojas y palitos secos que allí había se le pegaron al cuero y quedó grandote como un marrano, muy parecido a un erizo y más feo quel Enemigo Malo.

Entonces echó a correr y viendo a Tía Zorra que en esos momentos atisbaba a unos pobres pinches que le daban de comer a dos lempos de chamones, le gritó cambiando de voz:

—¡A un lado, partida de enteleridos y rangalíes que aquí va el mismísimo Gran Charamusquín del Monte en persona!





Y la Tía Zorra y todos los animales que iba topando en su camino, salían como alma que persigue el Patas muertos de la terronera al ver eso tan raro que iba como rodando falda abajo.

Otro día les cuento, carajitos, el cuento de Tío Conejo y el muñeco de cera —terminaba diciendo Rigoberto— mientras se levantaba medio entumecido para dirigirse al cuarto de los avíos en el cual, por una concesión especial para él, tenía su lecho con colchón de gualdrapas y costales. Y añadía, ya desde la puerta de su habitación, dirigiéndose a nosotros que subíamos la escala de la casa alumbrada por una vela que desde lo alto levantaba mi madre que nos esperaba:

—Muy juiciocitos, muchachos. Y por ahora sepan y entiendan que esto eran Tío Tigre, Tío León, Corroncholión y el Sapo que bailaban el bambuco todos cuatro.

Poco más tarde todos dormíamos soñando con las deliciosas picardías del zambito del Tío Conejo.





Con una rana en el bolsillo

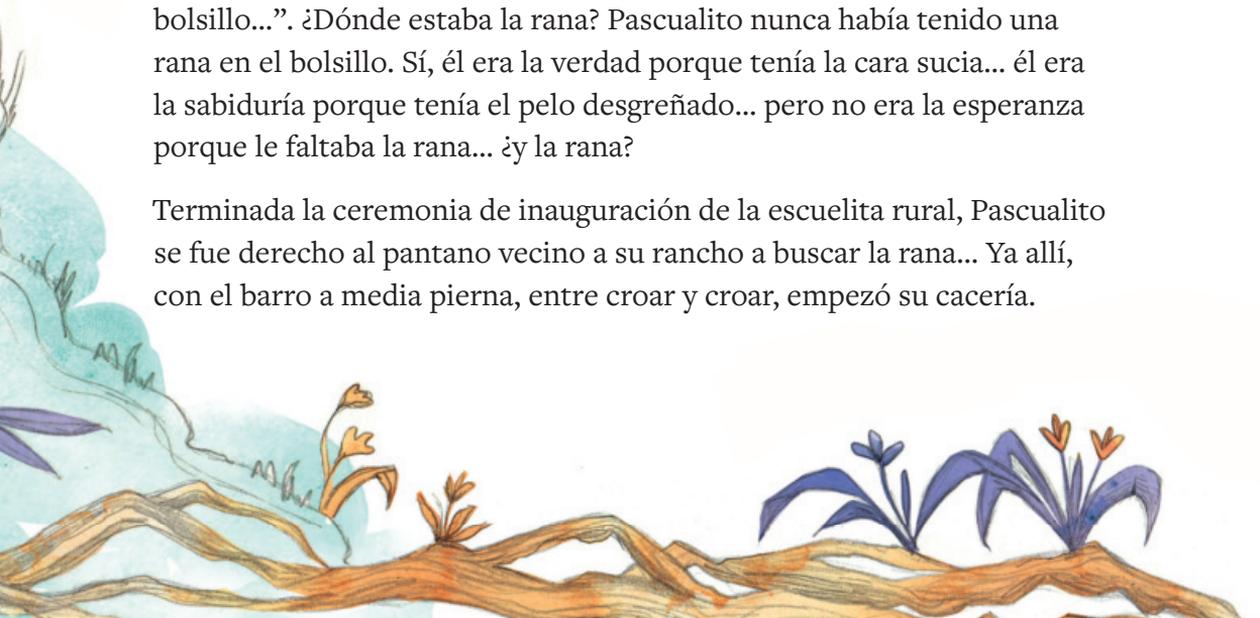
Gonzalo Canal Ramírez



Aquel día el alcalde municipal nos visitó en nuestra comarca campesina para inaugurar la nueva escuelita rural de techo pajizo y suelo de tierra apisonada. En su discurso citó esta definición: “El niño es la verdad con la cara sucia, la sabiduría con el pelo desgreñado, la esperanza del futuro con una rana en el bolsillo”.

Pascualito aprendió la frase y la repitió mentalmente muchas veces. “La cara sucia”. Él siempre la tenía así. Y eso lo entendía muy bien. “El pelo desgreñado...”. Pascualito se peinaba raras veces y sus mechones revueltos se lo hacían comprender... “Con una rana en el bolsillo...”. ¿Dónde estaba la rana? Pascualito nunca había tenido una rana en el bolsillo. Sí, él era la verdad porque tenía la cara sucia... él era la sabiduría porque tenía el pelo desgreñado... pero no era la esperanza porque le faltaba la rana... ¿y la rana?

Terminada la ceremonia de inauguración de la escuelita rural, Pascualito se fue derecho al pantano vecino a su rancho a buscar la rana... Ya allí, con el barro a media pierna, entre croar y croar, empezó su cacería.



Unas saltaban antes de estar al alcance de su mano, otras grandes, casi como sapos, le daban miedo... Aquella, agarrada a un bejuco, qué linda era. Y, a los últimos rayos del sol, cómo brillaban sus matices de verde, marrón y azul, cuántos tonos tornasolados de nácar y plata, como los del sagrario del templo parroquial, donde Pascualito aspiraba a ser monaguillo, si ganaba una beca para la escuela urbana del cura.

La ranita, Pascualito y el crepúsculo continuaban allí, sin atreverse a echarle mano, no fuera que también saltara como las demás. Pascualito hacía su plan: le hablaría cariñosamente, le pondría el nombre de Juanita, como el de la niña del rancho cercano con la cual jugaba.

Juanita... no te vayas. ¿Por qué no te vienes conmigo? Esta noche hará frío aquí en el pantano y, si llueve, te vas a mojar.

Juanita parecía oírlo, inmóvil en su junco. Cuando Pascualito resolvió atraparla, Juanita fue más rápida, saltó y desapareció.

El sol se había ocultado y la oscuridad se insinuaba ya. Pascual corrió a su rancho, donde nadie había notado su retardo, acostumbrados todos como estaban a las causas de sus demoras: correr tras de algún armadillo, quedarse bajo los chipios en cosecha admirando los colores de los pájaros, irse en busca de moras o piñuelas silvestres, o tenderse boca arriba a contemplar las nubes y adivinar sus figuras.

Al verlo llegar tan de carrera, la madre le preguntó:

—¿Qué fiera te persigue?

—Ninguna, mamá. Es que yo soy la verdad con la cara sucia, la sabiduría con el pelo desgreñado. Pero no soy la esperanza, porque no tengo una rana en el bolsillo.





—¿Que qué? ¿Que qué?

—Sí, mamá, nos lo dijo el alcalde esta mañana en la escuela. Y tú me explicarás qué son la verdad, la sabiduría, la esperanza.

—Por la verdad irás mañana, después de la escuela, a preguntar a Agapito. La sabiduría es eso que los sabios saben. La esperanza es eso que sentimos cuando le rezamos a la Virgen para que llueva, o cuando sembramos, o cuando florece el café, o cuando vamos al pueblo a vender algo, por si nos lo pagan mejor.

—Mamá, y cuando vemos esas nubes tan bonitas allá sobre el cerro y queremos ir a ellas, ¿eso también es la esperanza?

—Sí, y la que tú tienes de llegar a tener una beca en la escuela en el pueblo y ser monaguillo para ayudar a la misa... ¿Se lo dijiste ya a la maestra?

—Sí, mamá, y se lo he dicho muchas veces.

Al otro día, Pascualito, impaciente, apenas terminó la escuela corrió al rancho de Agapito, el viejo patriarca, yerbatero, sanalotodo y oráculo de la región, que vivía entre hierbas, ungüentos y mariposas prendidas con alfileres a las paredes. Decía que con el polvillo de sus alas curaba las penas de amor.

Ante la pregunta de Pascualito, “¿qué es la verdad?”, Agapito, mesándose la barba blanca, respondió:

—Me haces la misma pregunta que alguien le hizo a Cristo. Hay la verdad del alma que enseñan los sacerdotes, la verdad del cuerpo que enseñamos nosotros los médicos; y la verdad de cada uno. Tú, por ejemplo, Pascual, tú también eres la verdad.



—Pero me falta la rana.

—¿Cuál rana?

—Una rana en el bolsillo que tengo que tener y me voy a buscarla.

Juanita estaba en el pantano, en el mismo junco. Pascualito reflexionó: esta vez no me voy por el lado descubierto, porque Juanita se me pierde entre el juncal. Me voy por el lado opuesto y, si Juanita salta, saltará en descubierto y la agarraré.

La táctica fue buena y Pascualito salió del barrial con Juanita en el bolsillo repitiéndose a sí mismo: “Soy la verdad, la sabiduría y la esperanza”.

Pocos días después, el párroco vino a bendecir el nuevo local de la escuelita rural y la maestra le habló de Pascualito, de su aspiración a una beca y de su ambición de monaguillo. También de sus méritos de alumno. El cura no tenía becas libres en la escuela parroquial, pero luego de un examen a Pascualito, le dijo:

—No hay vacantes ahora. Pero te voy a abrir un campo en la escuela de la parroquia. Preséntate el próximo domingo. Las monjas te lavarán la cara, te peluquearán, te harán abandonar esa rana del bolsillo. De esa escuela puedes salir para el bachillerato, luego...

Pascualito corrió de la entrevista a comunicarle la noticia a su madre, cabizbajo y pensativo.

—¿Te vas, hijo? Eso es bueno para llegar a ser doctor, cura o general. Debes irte.

— No, mamá. No me voy. Me quedo a tu lado.



La oveja negra

Joaquín Piñeros Corpas

La prudencia tiene ojos y lengua, eso nadie puede dudarlo. Lástima que casi siempre ande cabizbaja y bale en chino. Esta pudiera ser la introducción a la historia de la oveja negra, precisamente escogida por el tigre para apoderarse del rebaño. Resulta que como por el colorido oscuro recibía los topones de sus compañeras y la propia madre parecía quererla menos que a las blancas, esta ovejita tonta vivía amargada y resentida. Por eso le quedó sonando lo que le dijo el tigre, deslizado un atardecer hasta el tunal o conjunto de tunos en donde nacía la “mana”, de modo que el agua y la fresca sombra formaban un bebedero incomparable.

—Ovejita triste: para soportar golpes y desprecios, mejor estarías en los cerros, sin pastor que te trasquile y sin colegas blancas que te joroben la vida.

—Pero si yo me fugo de aquí, me vas a comer en cualquier matorral.

—Ovejita mal pensada —contestó el felino, haciéndose el disgustado—. Inténtalo y te convencerás de que nunca has tenido mejor amigo, te doy mi palabra. Además, para tu tranquilidad te informo que la carne de cordero se me indigesta: lo mismo debe pasar con la de oveja.





Entonces la ovejita negra pensó que aquella propuesta se la hacía, de la mejor buena fe, un poderoso señor, instalado en espléndida casa, a la entrada del páramo. Y ya sin la menor desconfianza, se escapó del corral de tablas y del potrero cercado con alambre de púas, y se perdió en los charrascales del cerro en donde, en verdad, no escaseaba el pasto.

Las primeras noches tuvo miedo de la soledad y del tigre, pero después de una semana comenzó a gozar de los privilegios de su nueva vida. Saltaba alegre debajo de los tunos, se echaba al sol en los gramales, se quedaba dormida junto a la quebrada, oyendo el rumor del agua, y se paraba a balar en lo más alto del cerro, como proclamándole al mundo su contento.

Una mañana se encontró con el tigre, que la saludó de esta manera:

—Buenos días, doña ovejita distinta. Y te digo así porque en poco tiempo de buena vida eres realmente otra. Antes impresionabas por lo flaca y desmirriada. Ahora luces gorda, imponente, hermosa. Además de que en el balido se te notan la salud y el buen genio.

—En realidad me siento distinta de lo que era —contestó la oveja.

—Y eso, ¿a quién se lo debes?

—A ti, buen amigo.

—Es apenas justo que lo reconozcas —observó el tigre.

Y agregó:

—Valdría la pena que te vieran las otras ovejas: las que se quedaron en el fétido corral. Estoy seguro de que se morirían de envidia.

No se necesita mucha malicia para adivinar que esa misma tarde la oveja fue a visitar a sus antiguas compañeras, sin pasar, naturalmente, la cerca de púas.

—¡Qué llena y fuerte estás! —le dijo la oveja que más la mortificaba con los topones.

—Es increíble tu cambio —le confesó la oveja madre—. Me parece que ahora eres la mejor de la familia.

—¡Qué doncellota estás! —fue el piropo del carnero que nunca antes había puesto en ella los ojos.

—Que te ves muy bien ni lo dudo —observó la oveja de ojos claros que por el exceso de lana era llamada La Mechuda—. Ahora, lo importante es saber a qué se debe tan ventajoso cambio.

—A la vida libre del cerro, a la hierba fresca y al agua limpia disfrutada a voluntad —explicó la oveja.



—¿Y el tigre? —preguntaron con afán más de dos baladoras a la vez.

—Esos temores los han creado los chismes del pastor, para que no nos alejemos del potrero —respondió la aventurera—. Puedo jurar que el tigre es un buen amigo nuestro. Si les dijera que justamente es él quien me indica en dónde están los mejores pastos, ustedes no lo creerían.

—La conducta del tigre con nuestra hermana negra me parece bastante sospechosa. Yo no me movería de aquí —afirmó La Mechuda, cuyos reparos pusieron recelosas a muchas ovejas.

Habló así, entonces, La Motosa, la de los rulos en la lana, que por continuo mirar a las lejanías de los páramos tenía fama de clarividente:

—No niego que el tigre sea uno de los riesgos de la libertad, pero ¿qué es preferible: la pradera abierta con tigre o el corral perpetuo?

Después de este concepto, la oveja negra no tuvo necesidad de aclarar que al tigre le hacía daño la carne de cordero, porque dejando a La Mechuda con su desconfianza, el resto del rebaño atropelló la cerca de alambre y se perdió por los cerros en busca de pastos en flor.

No es difícil imaginar que las ovejitas estuvieron muy contentas durante los primeros días de hierba fresca y de libertad: pero no así cuando comenzaron a notar que ciertas madrugadas desaparecía una de ellas y cada vez el tigre se volvía más gordo y dormilón.

Y colorín colorado,
que este cuento se ha acabado.







Autor

Rafael Darío Jiménez

(1942)

Escritor y comunicador social egresado de la Universidad Autónoma de Barranquilla, con especialización en Gerencia y Gestión Cultural de la Universidad del Rosario de Bogotá. Director de la Casa Museo Gabriel García Márquez de Aracataca de donde es oriundo. Es un conocedor de la obra del nobel. Escribió *La nostalgia del coronel*, novela que explora la importancia que tuvo el coronel Nicolás Ricardo Márquez en la formación y futura obra narrativa de García Márquez.

Autora

María Eastman

(1901-1947)

Nació en Supía, Caldas. Alternó la docencia con la escritura, destacándose en el cuento y la fábula. En la docencia fue, además de maestra, inspectora general de escuelas públicas. Se la considera pionera de la psicología experimental. Publicó una colección de cuentos infantiles titulada *El conejo viajero* en la que da vida a los animales y a los objetos. Colaboró con diferentes diarios del país con cuentos, crónicas y lírica.





Autor

Jairo Buitrago

(1970)

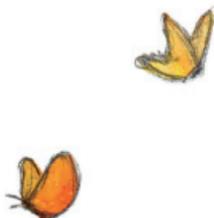
Nació en Bogotá. Escritor, ilustrador e investigador en literatura infantil e historia del cine. Cursó el pregrado en Estudios Literarios en la Universidad Nacional de Colombia. Se dedica a la creación de libro álbum junto a ilustradores colombianos y extranjeros. Ha publicado con diferentes editoriales del mundo y sus libros han sido traducidos al inglés, portugués, catalán, chino, turco, japonés, coreano y sueco.

Autor

Euclides Jaramillo

(1910-1987)

Escritor y profesor nacido en Pereira, Risaralda. Se graduó de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Externado de Colombia. Ejerció como juez en diferentes municipios, auditor del Ferrocarril de Caldas. Fue, además, columnista de diferentes diarios del país. Ocupó varios cargos políticos. Participó en la creación del departamento del Quindío. Publicó varias obras, entre ellas, *El robo de las aes* y *Ensayos sobre el 9 de abril*.



Autor

Gonzalo Canal Ramírez

(1916-1994)

Nació en Gramalote, Santander. Editor, escritor y abogado. Egresado de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, realizó estudios de Filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma y sociología en el Colegio de Altos Estudios de Buenos Aires. Fue director del Cerlalc (Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe), consultor de la Unesco en Quito y embajador en la antigua Unión Soviética.



Autor

Joaquín Piñeros Corpas

(1915-1982)

Nació en Soacha, Cundinamarca. Historiador, literato, humanista, catedrático y político. Fue gobernador de Cundinamarca de 1969 a 1970. Miembro honorario de la Academia de Historia de Cundinamarca, miembro de la Academia Colombiana de Historia y de la Academia Colombiana de la Lengua. Entre sus obras están: *El libro del Nuevo Reino. Visión de Colombia* y *Reflexiones sobre el estudio de la literatura colombiana*.



Ilustradora

Mónica Peña Herrera

(1974)

Nació en Cali, Valle. Estudió Diseño Gráfico en el Centro de Diseño Taller Cinco. Amplió su formación como ilustradora en la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, así como en talleres particulares en Bogotá y Buenos Aires.

A lo largo de su carrera, ha colaborado con diversas editoriales en Colombia, Estados Unidos y España. También ha participado en proyectos para instituciones, como la Fundación Gilberto Alzate Avendaño con el proyecto Libro al Viento en Bogotá, y el Ministerio de Cultura de Colombia.



Selección

Beatriz Helena Robledo

(1958)

Escritora, investigadora y promotora de lectura. Maestra en Literatura Hispanoamericana de la Universidad Javeriana de Bogotá. Se ha dedicado a la investigación en literatura infantil y juvenil y en procesos de formación lectora. Fue subdirectora de la Biblioteca Nacional de Colombia y de Lectura, Escritura y Bibliotecas del Cerlalc. Ha escrito varios libros de ficción, biografías, guías para docentes y libros de investigación. Actualmente es consultora del proyecto Esferas Culturales en Monterrey, México, y dirige el Consultorio Lector, programa de atención personalizada en las áreas de lectura, escritura y literatura.





Descubrimos la realidad a través de los cuentos, mitos y leyendas. Leerlos, contarlos y escucharlos es entrar en la magia de los mundos posibles.

En este libro se utilizaron las fuentes Orca Sans, creada por el estudio colombiano BastardaType, y Freight Text Pro, creada por el diseñador afroamericano Joshua Darden. Se terminó de imprimir en los talleres de la Imprenta Nacional de Colombia en enero de 2024.

Conoce más sobre la serie

